

---

# Los antecedentes de la proto-industrialización

---

Carlos Riojas

## Resumen Abstract

El objetivo del ensayo radica en explicar cuáles fueron los antecedentes que le dieron coherencia metodológica a la teoría proto-industrial. En el debate sobre el proceso de Revolución Industrial se abordaron, de manera no siempre vinculada, distintos temas que nos daban luz sobre el nacimiento de sociedades industrializadas. Por tanto, la aportación del enfoque proto-industrial consistió en articular una serie de factores que denominamos la columna vertebral de la proto-industrialización, que en términos generales proponía a las pequeñas unidades de producción como elementos clave en el proceso.

*The objective of this work is to explain the antecedents that provided methodological coherence to the proto-industrial theory. In the debate on the process of Industrial Revolution several topics about its birth were discussed, although not always they were linked. Therefore, the contribution of the proto-industrial focus consisted on articulating a series of factors that we forms the spine of the proto-industrialization, mainly assuming the home-based manufacturing as the key factor of this process.*

### Palabras clave

revolución industrial, pequeñas unidades de producción, proto-industrialización, cambio económico

### Keywords

*industrial revolution, cottage industries, protoindustrialization, economic change*

---

**Carlos Riojas**, Profesor-investigador del Departamento de Estudios Regionales-INESER del CUCEA de la Universidad de Guadalajara, [criojas@cucea.udg.mx](mailto:criojas@cucea.udg.mx).

---

## 1. Introducción<sup>1</sup>

El fenómeno de la Revolución Industrial, cuyo inicio se reconoce tradicionalmente en el siglo XVIII, ha sido un tema de interés para numerosos investigadores europeos y no europeos. Según Maurice Dobb (1988: 307), el descenso de la tasa de mortalidad, más que el incremento en los nacimientos, fue uno de los factores de cambio clave que dio como resultado la consolidación de sociedades industrializadas. Por lo general, este proceso de transformación difícilmente se concibe como un evento armonioso, lineal o alegre. El desarrollo económico en general, y la industrialización en particular, han sido vistos por David Landes (1975: 490) como fenómenos dramáticos, que involucraron el tránsito de la pubertad hacia la madurez de las naciones inmiscuidas, con todos los cambios físicos, psicológicos y contextuales que ello implica.

El objetivo general de este ensayo radica en explicar cuáles fueron los antecedentes que le dieron coherencia metodológica a la teoría proto-industrial. Lo anterior tiene mayor sentido si se toma en cuenta que en el debate sobre el proceso de la Revolución Industrial se abordaron distintos temas que nos daban luz sobre el nacimiento de sociedades industrializadas. Por lo tanto, la aportación del enfoque proto-industrial consistió en articular una serie de factores, lo cual denominaremos en este estudio como la columna vertebral de la proto-industrialización. Esta formulación explicó de manera más articulada el fenómeno, cuya novedad fundamental fue la inclusión de las pequeñas unidades de producción como un elemento dinámico de cambio.

Dentro del amplio debate que se desataba a finales de los años sesenta del siglo XX en torno al fenómeno de la Revolución Industrial, la aparición de la propuesta proto-industrial a inicios de la siguiente década, sumó aún más preguntas sin respuesta y dejó toda una serie de aspectos sin aclarar. A partir de ese momento se articuló una extensa y profunda agenda de investigación para la historia económica, no solo en Europa sino en el mundo entero. La tarea consistió en tratar de entender la naturaleza del proceso de industrialización en el más amplio sentido del término.

El presente texto se compone de cinco partes más las consideraciones finales. En la primera de ellas se abordará la trascendencia de los estudios clásicos de la Revolución Industrial, donde Inglaterra aparece como el caso paradigmático. De igual forma presentaremos algunas definiciones y trabajos clásicos vinculados con la escuela histórica alemana, una visión general del desarrollo del capitalismo y las etapas de transición entre los modos de producción, así como los respectivos factores de cambio. En el segundo apartado se analiza la influencia de la Revolución Industrial en ultramar, concretamente el impacto en el desenvolvimiento de los mercados mundiales y sus efectos en América Latina. Como punto número tres se expondrán las principales líneas de discusión que animaron el debate entre la década de los sesenta y principios de los setenta, cuyo cometido consistía en encontrar respuestas concretas a la naturaleza de la Revolución Industrial. En la cuarta sección se presentará la aparición del término proto-industrialización y su articulación con el debate. Antes de presentar las consideraciones finales, en el quinto bloque se pondrán en relieve

<sup>1</sup> Investigación financiada por el CONACYT (No. Referencia 40016).

algunas generalidades de la perspectiva proto-industrial, donde se introducirán los elementos de la columna vertebral de dicho paradigma (excedente agrícola-dinámica poblacional-producción manufacturera-desarrollo urbano) enfatizando el papel de la industria doméstica, los diversos contextos donde se insertó esta unidad de producción, y la vinculación entre la economía agraria y el advenimiento del capitalismo industrial.

## 2. Los estudios clásicos, definiciones y clasificaciones

El primer país modelo en los estudios sobre la Revolución Industrial fue Inglaterra, caso particular y referencia universal (Hobsbawm, 1977:16, 18-19 y 321; O'Brien, 1988:293), donde se conjugaron toda una gama de factores que han servido de base para investigaciones similares. A su vez, no solamente se ha considerado como un espacio pionero en la transición hacia el capitalismo industrial, sino que su radicalismo ha llamado la atención en la generación rápida y forzada de un amplio grupo de trabajadores, peculiaridad que se ha conocido como el método inglés (Dobb, 1988:285 y 288): desalojo y acaparamiento de tierras como una política iniciada desde las más altas esferas de la sociedad británica de aquella época.

Al tratar de ofrecernos una visión más amplia sobre el proceso que implica la Revolución Industrial, Landes (1961:5), en un primer momento, definió el fenómeno como un trasfondo complejo de cambios técnicos en los medios y modos de producción. Por lo que concierne a los primeros se pueden mencionar la sustitución de la habilidad humana por la precisión y el imperturbable ritmo de la maquinaria, la aparición de nuevas fuentes de energía y el advenimiento de materias primas inéditas. Mientras que el segundo aspecto puede ser resumido en lo que se ha denominado la consolidación del *factory system*. Posteriormente, Landes trató de refinar aún más su visión sobre este evento histórico al señalar que no fueron solamente las novedosas máquinas quienes hicieron posible la aparición del *factory system*, sino que la verdadera revolución se engendró a través de la metamorfosis en la organización de los medios de producción, debido a que si solamente observamos la aparición de estos nuevos medios tan sólo podemos hablar de una revolución industrial, es decir, así con minúsculas. Sin embargo, si se toman en cuenta las rupturas con las economías agraria y artesanal, así como el surgimiento de un sistema económico dominado por los ritmos y tiempos de la fabricación mecanizada, será necesario considerar el fenómeno como uno de los eventos con mayor trascendencia histórica. Por lo tanto, es importante visualizarlo en su verdadera dimensión y otorgarle mayúsculas al concepto de Revolución Industrial.

Por otra parte, a través de la aparición de la principal organización económica, es decir la fábrica, se materializaría la Revolución Industrial, fenómeno que siempre ha sido difícil de fechar con precisión (Laslett, 2000:188). No obstante, es comúnmente aceptado reconocer que fue el inicio de un cambio extremo bajo un nuevo credo totalmente materialista (Polanyi, 1993:67-68). A ello se suma otra característica inherente a la Revolución Industrial, la desigualdad entre países en que se engendró desde sus inicios. Algunos autores como Landes (1975:9 y 260) mencionan que los factores endógenos se revelaron en Inglaterra al menos desde una generación antes, haciendo distinta la estructura económica de esta nación comparada con las economías de Europa continental. Como

ejemplo señaló la concentración de grandes masas de trabajadores en las fábricas textiles, situación que marcó el inicio de una serie de transformaciones. Tanto la aparición del *factory system*, como los precoces cambios ingleses como base única de la manifestación de la Revolución Industrial, han sido fuentes de controversias. Para Joel Mokyr (1974:386) las provincias Overrijseel y el norte de Brabante fueron el núcleo inicial de la industria moderna en los Países Bajos alrededor de 1830. Una década después (1840), a juicio de este investigador, Bélgica era la nación más industrializada de Europa continental. De tal forma, surgen las siguientes preguntas: ¿Cuáles eran los factores que desencadenaron este proceso? ¿Se presentó bajo una sola ruta la Revolución Industrial? ¿Fue el *factory system* el único camino para desencadenar el fenómeno de Revolución Industrial? A partir de lo anterior, las causas originarias del proceso se han estudiado bajo una perspectiva más amplia. Los trabajos clásicos insisten en las irreversibles transformaciones sociales, políticas y, por supuesto, económicas (Marx, 1993; Mantoux, 1905; Ashton, 1983; Rostow, 1962; Hobsbawm, 1971). La escuela histórica alemana enfatizó el papel de la industrialización doméstica, como parte de su análisis histórico dividido en etapas (Kriedte, Medick y Schlumbohm, 1986; Landes, 1975:316).

Obviamente, también es factible analizar la Revolución Industrial bajo la óptica del desarrollo general del sistema capitalistas de producción, con sus diferentes ritmos y épocas (Braudel, 1979). Una de las etapas fundamentales para entender parcialmente la naturaleza de la Revolución Industrial ha sido lo que en la perspectiva marxista se ha denominado proceso de acumulación de capital, es decir, la acumulación originaria, donde destacó aquélla de los derechos de propiedad y riquezas de un grupo social en específico, y tuvo como rasgo fundamental la capacidad de transformar este patrimonio en medios efectivos de producción (Dobb, 1988:215, 216 y 235). Algunos autores han llamado a este proceso capitalismo comercial (Lane, 1969a:9). A partir de ese momento, surge una creciente y próspera burguesía asentada en las ciudades.

Pero lo más importante para alcanzar los objetivos que se propone este estudio, es poner en relieve tanto las conexiones que la próspera burguesía logró establecer con otros actores que igualmente se encontraban en un proceso de transformación acelerada, particularmente con las redes artesanales, y el impulso en general que se brindó a las actividades industriales. La producción industrial dejó su papel secundario en el sistema económico para instaurarse como una de las fuentes principales de acumulación de capital (Polanyi, 1993:110). Tanto el concepto de Revolución Industrial como el de Capitalismo poseen una intrincada conexión histórica, sobre todo cuando los métodos de producción han dado como resultado impactos en la vida social y política del sistema, donde se combinó la propiedad privada y la capacidad de producir bienes para el mercado (Lane, 1969a:5 y 6).

Sin embargo, esta discusión nos lleva a preguntarnos cuál ha sido el papel del empresario y su relación con esta transformación general que ha dado como resultado el crecimiento económico (Lane, 1969:3). Si se presta mayor atención a las múltiples relaciones del empresario con el proceso general de cambio, sobre todo con la cooperación productiva en la etapa clásica del predominio de la manufactura, encontramos lo que Marx (1993:378 y 379) llamó el camino inverso al *factory system*,

donde un gran número de artesanos trabajaban en el mismo producto, bajo las mismas órdenes y, en ocasiones, en el mismo taller. De tal forma surgen explicaciones alternativas al proceso de Revolución Industrial, más que un proceso continuo ha sido caracterizado por su discontinuidad inherente a la adopción de nuevas tecnologías, las cuales, fuera de Inglaterra, mantuvieron un carácter exógeno en las etapas iniciales de cambio (Mokyr, 1974:336).

Entonces, visto bajo la perspectiva evolutiva el sistema capitalista de producción, la Revolución Industrial fue la última etapa de transición entre dos modos de producción distintos: el feudalismo y el capitalismo. Época donde persistieron elementos característicos de ambos sistemas (Sweezy, Hilton, Takahashi, 1954) hasta que, dentro de una visión clásica, eventualmente el modo de producción capitalista eliminó los elementos básicos del régimen anterior. No obstante a ello, es importante hacer énfasis sobre la pluralidad de formas que puede tomar el capitalismo y, por ende, el proceso de Revolución Industrial, cuyo zoclo institucional común se encuentra en el divorcio entre el trabajador y sus medios de producción, así como la relación netamente contractual con el dueño de los medios de producción. Esto da como resultado nuevos intereses y lealtades (Dobb, 1988:21, 25, 31, 36 y 54) sin la desintegración total e inmediata de otras formas de organización social. Incluso, para Paul Bairoch (1963:8) la Revolución Industrial no es más que el pasaje gradual de un tipo de sociedad a otra, donde surgen nuevas industrias y las técnicas de producción se transforman a tal grado de generar inversiones inalcanzables para un artesano común. Asimismo en la empresa se dieron paso a nuevas estructuras organizacionales como las sociedades o las sociedades por acciones y la comandita simple o compuesta, las invenciones mecánicas sustituyeron a los talentos humanos, la energía inanimada tomó el lugar de la energía humana o animal, y se mejoró la productividad del trabajo y la eficiencia en el uso de las materias primas (Landes, 1975:10; Dobb, 1988:156).

En su estadio más avanzado la fábrica no era simplemente un cambio de carácter cuantitativo en la organización del trabajo, sino que impuso su disciplina y dio origen a una nueva estirpe de trabajadores vinculados de manera inexorable a los ritmos del reloj, a los progresos de actividades conexas, al ciclo de vida de las innovaciones técnicas y tecnológicas. Estos elementos dotaron de ciertas particularidades a la Revolución Industrial al conjugar una serie de novedades e implicaciones nunca antes vistas en otras sociedades (Landes, 1975:11, 12 y 322). No obstante a ello, queda la duda sobre cuáles fueron en particular esos elementos que desataron los cambios mencionados, o si esas transformaciones se presentaron de manera homogénea a través del tiempo y espacio. Asimismo nos cuestionamos sobre las posibles interconexiones de estos factores.

En un principio se detectaron algunos factores de cambio que repercutieron positivamente en la producción de manufacturas, entre los cuales se pueden mencionar, sin pretender establecer una jerarquía entre ellos o un ordenamiento exhaustivo, los siguientes:

- a) La búsqueda del excedente en la producción impulsó la transformación de una economía tradicionalmente ligada a la posesión de la tierra hacia una economía mecanizada. Incluso, algunos autores (Bairoch, 1963:138) señalan la manifestación de una revolución agrícola, cuyo elemento

- característico fue el aumento acelerado de la productividad en el campo, como preámbulo a la Revolución Industrial, situación que desataría toda una serie de transformaciones en los ámbitos económico, social, político e institucional.
- b) Sustentado en el crecimiento de la productividad agrícola y en la mejora de la higiene pública, se desencadenó el aumento poblacional, lo que trajo consigo la intensificación de tensiones sociales, debido a que en el plano productivo la fuerza de trabajo fue sustituida por máquinas, de tal forma que fue más evidente lo que Polanyi (1993:145) denominaría la inseparable coexistencia del pauperismo y el progreso.
  - c) La situación anterior influyó directamente en el mercado de trabajo, a través de la aparición progresiva de trabajadores no propietarios, quienes dieron nacimiento a un creciente contingente de mano de obra, de tal forma que dicho mercado se transformó en su talla, demanda, oferta y, obviamente, en su sistema de precios. Lo que para Marx (1993:443) y otros estudiosos (Lane, 1969a:4) de la trayectoria histórica seguida por el capitalismo, fue el punto de partida de la gran industria y del crecimiento económico de tipo capitalista, perspectiva no exenta de controversias.
  - d) Dentro de estos mismos factores de cambio se puede subrayar la expansión de los mercados locales, regionales, nacionales e internacionales. Es decir, el desarrollo comercial y el advenimiento de la economía monetaria fueron dos ingredientes clave para la maduración no solamente de la Revolución Industrial sino para el sistema capitalista en general. Incluso Dobb (1988:468 y 470) los consideró como los mecanismos disolventes de las antiguas estructuras económicas de cuño feudal.
  - e) Un actor clave en las transformaciones de carácter comercial, tendientes a construir un tejido productivo en el plano industrial, fue el empresario, que dotado de una inspiración económica sustentada en la libre empresa cultivó el espíritu del capitalismo racional, organizó distintas ramas del quehacer productivo, tanto en áreas rurales como urbanas, combinó diferentes modos de producción que cohabitaban en un mismo espacio como característica inherente a los periodos de transición, y fue un elemento clave para acelerar el crecimiento económico de manera anormal para su época (Landes, Thrupp y Kessinger, 1972:288; Lane, 1969:10-12; Dobb, 1988:18, 25 y 26).
  - f) Por último, otro factor de cambio lo constituyó, obviamente, la transformación técnico-tecnológica que impactó directamente el sistema productivo. La rapidez de estas innovaciones precipitó el ritmo y la continuidad de la trayectoria económica por un lado, y desató nuevos mecanismos que aceleraron el proceso por el otro, dando como resultado una sociedad más compleja y abundante desde la perspectiva material. Siguiendo a Arnold Toynbee, Dobb (1988:311) señaló cuatro invenciones clave en la Revolución Industrial: la *jenny* de Hargreaves, la *mule* de Crompton, la *mule* automática de Kelly, así como la máquina de vapor de Watt. Sin embargo, otra serie de autores (Landes, 1975:132; Landes, Thrupp y Kessinger, 1972:288; Mokyr, 1974:368) nos sugieren no minimizar, en primer lugar, la cascada de pequeñas mejoras técnicas por anónimos artesanos ante las grandes invenciones reconocidas en la historia de este proceso, que en el largo plazo cambiaron de manera radical la historia de la tecnología; asimismo y en segundo lugar, es importante considerar la paulatina aparición de nuevos sistemas de generación de energía (como la rueda hidráulica) y la discontinuidad inherente del cambio técnico. La suma de lo anterior estimuló sin precedentes la producción de manufacturas y las transformaciones sociales hasta ahora señaladas.

### 3. La influencia de la Revolución Industrial en ultramar

Es importante subrayar que la influencia de la Revolución Industrial no se limitó a los países o territorios donde de produjeron los cambios, sino todo lo contrario, su influjo se extendió a la economía internacional. La transición hacia otro modo de producción implicó que el pequeño productor y el mercado local cedieran su hegemonía a las grandes compañías de comercio exterior,

las cuales aprovechaban las ventajas de la producción masiva de mercancías. Con base en lo anterior, la Revolución Industrial encontró un estímulo más para seguir extendiendo su frontera de posibilidades de producción, ahora centrada en las exportaciones y no en el mercado local.

De tal forma, a partir de ese momento este proceso se relacionó directamente con los mercados distantes (Dobb, 1988:224, 230, 232, 238 y 253). Incluso, algunos especialistas señalaron (Landes, 1961:5) cómo el crecimiento de las exportaciones británicas se multiplicó por cuatro en el siglo que corrió de 1660 a 1760. Lo que a su vez conlleva a pensar el comercio exterior como un negocio concentrado fundamentalmente en el progreso de los transportes y medios de comunicación en general, situación que impuso barreras de entrada y redujo el número de competidores no obstante la permanente reducción de sus costos. Por ende, fueron pocas las manos que participaban en este tipo de comercialización, debido a que los incipientes industriales apenas tenían el capital suficiente para hacer frente a la demanda de sus productos, ya que el mercado de capitales no evolucionaba a la misma velocidad que lo hacía la producción de mercancías (Marx, 1993:430; Polanyi, 1993:92; Bairoch, 1963:82; Mokyr, 1974:377).

Es interesante señalar que la naturaleza de este crecimiento del mercado, concretamente del comercio exterior, no ha sido única y exclusivamente económica, sino que detrás de la expansión comercial encontramos factores que transformaron el devenir de la sociedad en general al mantener contacto con la nascente economía de mercado gobernada por el sistema de precios. Por lo tanto, se pueden señalar elementos de índole político que influyeron en la reducción de las barreras directas e indirectas al comercio exterior. Ejemplo de lo anterior lo encontramos en los tratados o acuerdos comerciales. Asimismo, destacan algunos aspectos sociales como el incremento o la reducción de las restricciones de ciertos grupos vinculados a la religión o al status social. En este mismo orden de ideas, se llevaron a cabo actos como el pillaje, la piratería, la aventura, la exploración, el trueque y, obviamente, la misma guerra. La transferencia legal e ilegal de derechos de propiedad se inscriben en el ámbito institucional, sin embargo, éste se puede extender a la articulación entre el sistema de equilibrio entre las potencias, la instauración del patrón oro y el flujo de divisas inherente al intercambio, la visión del mercado autorregulado y el nacimiento del Estado liberal. Vinculado con lo anterior se encuentran aspectos ideológicos relacionados con la percepción del liberalismo económico como principal sistema organizacional de una sociedad sustentada en el mecanismo precios. Bastará con recordar el interés académico que levantó la polémica visión ricardiana del comercio exterior que derivó en distintas interpretaciones sobre la división internacional del trabajo o la separación de funciones entre la agricultura e industria, así como sus respectivos impactos en el sistema comercial, monetario, incipiente tejido industrial, mercados de mano de obra, de la tierra, de alimentos o materias primas, etc. Es decir, se conjugan una serie de hechos que hace aún más complejo el estudio de dichas transformaciones (Polanyi, 1993:188, 239 y 241; Dobb, 1988:198; Landes, 1975:277).

Si algunas regiones del mundo vivieron un proceso de crecimiento y desarrollo económicos, otras sufrían un proceso de subdesarrollo. La dicotomía mercado mundial-sistema colonial, como una condición necesaria para la expansión de la producción manufacturera del siglo XVIII y XIX, fue

reconocida desde épocas tempranas por Marx (1993:398) y ratificada por otros historiadores económicos de renombre (Bairoch, 1990:133-175). La necesidad de encontrar materias primas para no interrumpir la producción, pero sobre todo compradores de manufacturas, desembocó en la creación de un mercado mundial susceptible de absorber dichas mercancías. El caso de América Latina y El Caribe resulta paradigmático en ese sentido. Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en la división a grandes rasgos que se hace de las economías latinoamericanas entre aquellas dedicadas a actividades de exportación de materias primas o productos alimenticios. Asimismo, resulta pertinente mencionar el caso de las Antillas, que consumían una cantidad importante de productos de origen europeo, hecho que contribuyó a impulsar el crecimiento industrial de naciones como Francia (Crouzet, 1966:331; Martins, 1972:11 y 14).

Paralelamente, se vieron afectados otros procesos de industrialización que gradualmente se desenvolvían ante la expansión económica originada en Europa. Las investigaciones históricas al respecto nos hacen mención que, al inicio del siglo XIX, tan solo Inglaterra vendía al extranjero dos terceras partes de su producción, de la cual una proporción significativa llegaba a sus territorios coloniales en Asia y a las jóvenes naciones latinoamericanas, situación que daba como resultado la materialización del discurso de libre cambio a nivel internacional. Un ejemplo concreto lo encontramos en la experiencia de los tejedores de la India Oriental cuando enfrentaron toda una serie de problemas para competir con la producción británica en su país, la cual estaba sustentada en la reducción del tiempo de trabajo y, por ende, en la disminución de costos derivados de la permanente innovación técnica. Al inicio, esta nueva visión de la actividad económica fue difícilmente asimilada en las respectivas culturas locales, pero después algunos habitantes autóctonos fueron integrados en la reproducción de este sistema económico (Hobsbawm, 1977:49, 173 y 269; Landes, 1975:63 y 328; Marx, 1993:484; Polanyi, 1993:218 y 378; Dobb, 1988:367).

Asimismo, resulta interesante subrayar que no todo se generó en el exterior, sino que es indispensable tomar en cuenta las limitaciones y los problemas internos. Un ejemplo apropiado en este sentido son los casos de algunos países latinoamericanos o asiáticos. Entre el número de mecanismos sociales y económicos endógenos que desencadenaron la Revolución Industrial mencionados hasta el momento, Bairoch (1963:6, 7 y 8) privilegió el papel jugado por la agricultura, especialmente el impulso generado por la productividad agrícola. Sin embargo, el momento histórico que permitió a algunos países europeos enfilarse sobre esta peculiar senda de crecimiento era radicalmente distinto cuando otros países, hoy conocidos como subdesarrollados, intentaron inmiscuirse en un proceso similar (Landes, 1975:26). Por lo tanto, la agricultura no se consolidó como uno de los ejes del crecimiento económico sostenido. No obstante que la productividad agrícola era lo suficientemente alta en América Latina para permitir la exportación de productos, ésta no se vinculó al sistema económico en general, sino que por lo regular permaneció aislada de los principales flujos económicos de los respectivos países. Tampoco apareció una casta de empresarios que capitalizara todas estas transformaciones en medios efectivos de producción. Lo anterior se manifestó fundamentalmente en los casos de las elites económicas latinoamericanas, quienes canalizaron gran parte de sus energías en los procesos de intercambio y no en aquellas estrategias vinculadas con la producción de manufacturas (Garavaglia, 1997:12). El pasado colonial influyó

de manera determinante al permitir y heredar a la vida independiente la cohabitación de distintos modos de producción desarticulados por factores sociales o geográficos. En el caso de Japón no se presentaron estos tres factores nocivos al desencadenarse el proceso de transformación productiva, de ahí que resulte interesante hacer este tipo de analogías con la finalidad de entender bajo una perspectiva más amplia la evolución de la industrialización en distintas latitudes (Laslett, 2000:286; Bairoch, 1963:80 y 142; Garavaglia, 1973:14).

En obras tanto generales como tradicionales de historia económica latinoamericana se hace poca referencia al papel de las circunstancias internas en el pobre desempeño económico de largo plazo. Por lo regular predomina la visión del atraso económico como una parte integrante del proceso histórico global de desarrollo capitalista. Con base en ello se han señalado diversos factores causantes del atraso económico en un primer momento y, posteriormente, del subdesarrollo. Entre estos factores destacamos los siguientes. En primer lugar el tipo de comercio exterior promovido por las grandes potencias, cuyo interés cardinal radicaba en buscar materias primas baratas para ser intercambiadas por productos manufacturados. Esto abonó el desarrollo económico de Europa, aunque según la perspectiva de Landes (1974: 54, 56 y 57) no fuera éste un factor decisivo en dicho patrón de desenvolvimiento, mientras que el atraso económico se propagaba en las naciones concentradas en exportar bienes primarios. En segundo lugar la reducción de los costos en el transporte internacional incrementó el contacto entre los países latinoamericanos y las principales potencias comerciales, dando como resultado múltiples vías de transformación en los primeros cuyo elemento común era el deterioro económico. A ello también se suman los crecientes diferenciales de la productividad global de los factores entre naciones, o incluso se hace alusión al mismo clima como un freno al desarrollo productivo (Sunkel y Paz, 1971:6; Furtado, 1979:30; Gunder, 1970:2, 4 y 10; Bairoch, 1963:80 y 140; Dobb, 1988:244 y 253; Martins, 1972:10; Polanyi, 1993:39 y 377). Este conjunto de eventos originó la formación de sociedades semi-industrializadas, bien definidas durante la primera mitad del siglo xx, que en realidad tienen poco que ver con los pasos decisivos de la formación del sistema capitalista de tipo europeo al experimentar vías alternativas al mismo (Dobb, 1988:461).

#### 4. Un debate abierto a falta de respuestas concretas

No obstante al reconocimiento de algunos elementos que desencadenaron la Revolución Industrial, el debate ha continuado debido a la falta de respuestas satisfactorias sobre quiénes intervinieron, a partir de cuándo se manifestó el proceso y por qué esos cambios se presentaron primero en Inglaterra y no en otra parte. En esta serie de dudas ha sobresalido el papel de la fuerza de trabajo, especialmente se ha señalado si fue el trabajador quien movilizó el desarrollo industrial o si la relación se presentó en sentido inverso (Landes, 1975:683). Esto nos lleva a reflexionar sobre la estructura organizacional del proceso productivo, donde por un lado intervinieron la forma de pago a la fuerza laboral como elemento característico del modo de producción, que en un momento específico podía impulsar su transformación o jugar en su contra. También han intervenido las formas de cooperación que se establecieron al interior de las unidades productivas, así como el impacto de la división del trabajo (Marx, 1993:377 y 380; Mokyr, 1974:385). En el mismo orden

de ideas, salta a la mesa de discusión la influencia del cambio técnico-tecnológico, es decir, se ha argumentado que a través del uso de las máquinas o nuevas fuentes de energía se manifestó un significativo incremento en la productividad, amenazando a otras formas de organización productiva, pero sin que éstas últimas terminen por desaparecer totalmente, lo que en cierto sentido ha dado pie a una aparente paradoja (Landes, 1961:7). Al presentarse esta serie de transformaciones también surgió la duda de si era posible clasificarlas en etapas que nos explicaran convincentemente la evolución del proceso de industrialización o del desarrollo económico, donde el sistema fabril se manifestó como uno de los ejes articuladores de dichos cambios (Tilly y Tilly, 1971:185-187; Landes, 1975:732). Por último se puede agregar lo controversial que ha sido el influjo del espacio a través de los diversos contextos regionales, los cuales han permitido la expansión de cierto tipo de actividades económicas vinculadas con relaciones geográficas, sociales e institucionales específicas, que en última instancia han sido cruciales en las trayectorias seguidas por los múltiples procesos de industrialización, tanto al interior como al exterior de Europa (Mokyr, 1974:373 y 383; Tilly y Tilly, 1971:184). Estos fueron tan sólo algunos elementos, que lejos de concluir el debate, lo abrieron a nuevas dimensiones cuya pretensión ha girado en torno a lograr un mejor entendimiento de los orígenes de la Revolución Industrial.

## 5. El surgimiento de la propuesta proto-industrial

Uno de los paradigmas que mejor ha respondido al torrente de cuestiones surgidas de la interpretación sobre la naturaleza de la Revolución Industrial, y que ha tratado de articular los factores mencionados, es la propuesta original de Franklin Mendels (1972:241-261) basada en una investigación histórica en Flandes: la proto-industrialización como la primera fase de la industrialización. Antes de explorar el alcance de este concepto haré un paréntesis sobre una de las apariciones iniciales del vocablo en el debate internacional sobre la Revolución Industrial.

Como Laslett (2000:61) señaló en su momento para el caso de Inglaterra, existió una estrecha relación entre la actividad proto-industrial y el comportamiento demográfico. Y es precisamente a partir de una propuesta de Richard y Charles Tilly (1971:186-189), al tratar de construir un programa de investigación histórica y teórica, que se dieron los primeros pasos para la comprensión de esta relación cimentada en tres procesos clave. En primer lugar con base en la revisión documental realizada hasta ese momento, fue evidente la manifestación de la industrialización antes de la aparición del *factory system*, lo que se denominó proto-industrialización incluso antes de la publicación del ensayo de Mendels. En segundo lugar tanto el incremento como la contracción demográficas se encontraban en el centro de este fenómeno, aún sin poder explicar el funcionamiento de los respectivos mecanismos. Y por último el industrialismo se relacionaba directamente con la transformación de la vida cotidiana de la gente ordinaria. Si estos procesos se tomaban en cuenta, entonces, sugieren los mismos autores, era posible hacer una distinción entre la experiencia de industrialización de Europa Occidental y las respectivas experiencias de los países en vías de desarrollo. Es decir, para el primer caso implicaba una manifestación de la industrialización en el campo, mientras que para los segundos las evidencias de esta especificidad no habían sido lo suficientemente amplias. Por lo tanto, Richard y Charles Tilly (1971:186-189) invitaron a

desarrollar este concepto con base en investigaciones que hicieran alusión a la interacción entre los niveles de ingreso de la industria rural y los demás habitantes del campo, a las relaciones entre las oportunidades del mercado y las respuestas al mismo, a la interconexión entre cambio agrícola y la proto-industrialización según la entendieron ellos en ese momento, al impacto de la experiencia y aprendizaje en la industrialización antes de la aparición del sistema fabril, y a explicar por qué este tipo de producción se contrajo después de su auge registrado fundamentalmente en el siglo XVIII en Europa. Entonces, si se toma en cuenta lo anterior, se cuestionaban estos autores, ¿sería posible considerar a la proto-industrialización como una etapa del desarrollo de tipo capitalista vinculada a la Revolución Industrial con sus respectivas articulaciones, como la transformación de la industria rural y la proletarización de los trabajadores del campo? Pregunta crucial que redirigió el debate hacia otro nuevo espectro de interpretaciones.

## 6. Algunas consideraciones sobre el concepto proto-industrial

Tanto las sugerencias de Mendels como las de Richard y Charles Tilly fueron retomadas y ampliadas por un vasto número de investigadores en los años posteriores a la publicación de sus respectivos análisis. Si para los estudios sobre la Revolución Industrial Inglaterra se había constituido en el modelo de reflexión obligado, el paradigma básico para entender la proto-industrialización fue Flandes. Posteriormente, en una obra monumental y emblemática en esta temática, Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986) definieron la proto-industrialización como “la industrialización antes de la industrialización”. Es decir, la columna vertebral del novedoso enfoque en aquel momento consistía en interrelacionar el crecimiento económico de regiones rurales con un notable excedente agrícola, donde la dinámica poblacional se correlacionaba con el ritmo y los tiempos de la producción masiva de manufacturas que eran dirigidas a los mercados regionales y, especialmente, a los internacionales, sin pasar por alto la influencia del crecimiento urbano en sus respectivos entornos agrarios. Veamos con más detalle algunos de estos elementos.

Un aporte fundamental se derivó de las reflexiones de Bairoch (1963:73, 76, 77 y 210) al intentar explicar coherentemente cómo se acumularon una serie de factores económicos y sociales que desembocaron en la aceleración del proceso de industrialización en particular, y en el crecimiento económico en general. Como lo he mencionado en reiteradas ocasiones, el crecimiento de la productividad y del excedente agrícola fueron determinantes para liberar recursos que después serían utilizados para impulsar el desenvolvimiento de actividades manufactureras. Si una situación contraria se manifestaba, el proceso de industrialización enfrentaría limitaciones severas en su evolución. Por lo tanto, la interacción favorable entre estas actividades resultaba crucial. Es importante mencionar que en una sociedad predominantemente rural con presión demográfica, donde la vinculación a la posesión territorial era clave, la intensificación productiva necesariamente se acompañaba de repercusiones en los ámbitos social, laboral y técnico (Dobb 1988:31; Mokyr, 1974:371). La agricultura de subsistencia cedió paulatinamente terreno ante la expansión de su similar comercial, eventos que modificarían la lógica de las distintas unidades de producción a través de la proletarización de los campesinos y la difusión del trabajo a domicilio (Crouzet, 1966:337; Landes, 1975:261).

El incremento de la productividad y del excedente agrícola jugó un papel doble en la dinámica poblacional. Por una parte, dada la presión demográfica estos mecanismos permitieron mitigar las hambrunas, las epidemias y el aumento en los precios de los productos alimenticios (Bairoch, 1963:5, 11 y 201), fenómenos recurrentes en sociedades que se mantenían en los límites de la subsistencia. A pesar del crecimiento de la población algunos especialistas señalaron que hubo un saldo positivo durante el siglo XVIII en Europa en los ingresos per cápita, gracias a diversos aspectos entre los cuales se encontraba el excedente agrícola (Crouzet, 1966:325). Por otra parte, el aumento en la disponibilidad alimenticia fue un factor que sirvió para liberar recursos económicos tanto desde el punto de vista humano como comercial.

Todo lo anterior se materializó en el incremento de la población y en el mejoramiento de las condiciones de vida de las sociedades rurales europeas, eventos que particularizan este fenómeno tanto desde el punto de vista temporal como espacial. Las variables que mejor han dado cuenta de lo anterior en el modelo proto-industrial han sido el incremento en el número de matrimonios o la predisposición para casarse a edades más tempranas, conductas que respondieron al aumento del ingreso a través del tiempo y a la tendencia creciente de los precios de los productos manufactureros. Sin embargo, la naturaleza de este cambio demo-económico, a través del proceso de industrialización, abrió nuevas perspectivas y cuestionamientos en las investigaciones de historia económica, debido a que el desenvolvimiento de algunas sociedades que se industrializaron, como el caso de algunas localidades en Bélgica distintas a Flandes, no se explicaba con comodidad siguiendo esta línea de reflexión (Landes, Thrupp, y Kessinger, 1972:290; Tilly y Tilly, 1971:190 y 1994; Mokyr, 1974:375).

Un componente central en este orden de ideas lo encontramos en el incremento de la producción manufacturera desde finales del siglo XVIII en Europa. Los cambios económicos en las áreas rurales exigieron toda una serie de nuevos productos, con diferentes escalas en la innovación técnica. Las actividades que más sobresalieron en estas transformaciones fueron aquellas vinculadas con los textiles y la siderurgia, las cuales atendían a la demanda de bienes de consumo y al incipiente requerimiento de los bienes de capital tanto para la agricultura como para otros quehaceres productivos. Es importante señalar que, si bien es cierto que hablamos solamente de dos actividades, no menos cierto es que éstas en su seno conllevaron toda una serie de vinculaciones productivas basadas en la generación de información y en los conocimientos técnicos de los oficios tradicionales de aquella época. Lo anterior dio como resultado efectos económicos indirectos tanto positivos (generación de nuevos instrumentos de trabajo, apertura de mercados de bienes intermedios o transferencia de conocimientos hacia otros sectores productivos), como negativos (cuellos de botella desde el punto de vista energético o del suministro de materias primas, y presión sobre los recursos naturales tales como los bosques) (Bairoch, 1963:92, 99, 103, 104 y 206). Detrás del incremento de la producción masiva de mercancías se encontraban distintos fenómenos económicos apoyando dicha dinámica. Entre estos ponemos en relieve el impacto de la invención e innovación, que le dio ritmos disímiles al incremento de productos en los mercados, tal y como lo señala Crouzet (1966:338) cuando comparó los casos de Inglaterra y Francia. La relación que mantuvieron los campesinos-artesanos y los artesanos propiamente dichos con el fabricante-

mercader (*Verlager*) transformó las relaciones productivas tanto en el campo como en la ciudad. El objetivo del fabricante-mercader era incrementar sus ganancias al emplear, por un precio mucho más bajo que su similar en la ciudad, la inherente habilidad de la mano de obra rural dedicada a las tareas artesanales, suministrar directamente la materia prima para reducir los costos, asegurar una calidad uniforme del producto a través del incremento de la capacidad productiva del trabajo doméstico o artesanal, y competir directamente con la producción de los gremios artesanales, los cuales mantuvieron durante mucho tiempo el monopolio sobre ciertos productos manufacturados en las ciudades. Estas estrategias implementadas por el *Verlager* minaron el poder económico de los gremios urbanos, reorganizaron el proceso productivo en torno a la producción manufacturera y al papel de la mano de obra, tanto la centralizada como la dispersa, e impulsaron la expansión del trabajo a domicilio de carácter rural. Asimismo fueron generadoras de experiencia laboral que posteriormente sería muy útil para los ritmos y disciplinas reclamados por la evolución productiva hacia el sistema fabril, además de sustituir la importancia del mercado local por la preponderancia de los mercados regionales en un primer momento, e internacionales en una segunda etapa, sin que las ciudades perdieran su hegemonía como núcleos centrales de la moderna actividad económica (Dobb, 1988:162, 178, 196, 310 y 468; Marx, 1993:414 y 416; Tilly y Tilly, 1971:190 y 1994; Polanyi, 1993:89; Landes, 1975:16; Mokyr, 1974:378 y 381).

Todos estos elementos forman parte de lo que he denominado la columna vertebral de la proto-industrialización, que surgió como una alternativa de interpretación al fenómeno de la Revolución Industrial. Sin embargo, existían posturas escépticas como la de Wolfgang Mager (1993:185 y 186), quien señaló que dicha proposición era una extensión de la Escuela Histórica Alemana y que se ha confundido proto-industria con proto-industrialización, lo que implicaba pasar por alto la dinámica del proceso. Este es un tema en el cual abundaremos en el transcurso de este estudio. En resumen, el excedente agrícola permitió el crecimiento constante de la población y la producción manufacturera en zonas rurales, así como el progreso del comercio impulsó el desarrollo urbano (Kriedte, Medick y Schlumbohm, 1986:18, 27 y 40). Este incipiente proceso global de industrialización ayudó al crecimiento económico en general, sustentado en los factores enunciados y manifestados a través del tiempo y del espacio. Además representó, según el modelo, los elementos suficientes para lograr la transición industrial en áreas que conocemos hoy como industrializadas (Cailly, 1993:19-20; Desama, 1981:147-148).

La argumentación innovadora de la proto-industrialización residió en considerar la presencia de la industria doméstica como una etapa preliminar a la Revolución Industrial, y no como una de las últimas secuelas de un sistema feudal en vías de extinción (Deyon, 1979:9). La hipótesis que concebía a la industria doméstica como el fin de un cierto modo de producción se debilitó conforme avanzó la investigación histórica, que sustentó la aparición de nuevos argumentos que contradijeron esta visión tradicional. A continuación abordaré con más detalles cada uno de estos puntos.

Contrariamente a la perspectiva tradicional sobre la Revolución Industrial, que suponía el fin de la industria doméstica como un evento inherente ante el advenimiento del sistema capitalista, ésta última ha sido clasificada como parte esencial de una fase preliminar que completa el proceso

de formación del capitalismo según la concepción proto-industrial. Incluso, esta perspectiva argumenta que la industria doméstica ha pasado por distintas edades históricas para convivir en un mismo espacio y tiempo con el sistema productivo dominante, como ha sido el fabril. A pesar que en *El Capital* de Marx (1993:362, 366, 370, 371, 381, 409 y 524) existen pasajes que difunden esta visión tradicional, también es factible encontrar algunos párrafos en el capítulo XI donde se reconoce a la producción artesanal, bajo sus distintas modalidades, como el punto de partida conceptual de la producción capitalista. Además, se hizo énfasis en el papel del trabajo doméstico y la participación de los distintos miembros del hogar en el proceso productivo. Sin embargo, para Marx el embrión del sistema fabril lo constituía la manufactura, donde prevalecía la división del trabajo y la cooperación de la fuerza laboral. Cuando este mismo autor mostró su desinterés por el papel de la industria doméstica en el proceso de industrialización, a pesar de su persistencia, se abrió la posibilidad de reflexionar en torno a la importancia de esta unidad productiva. Otros estudios, con sesgos marxistas y no marxistas, nos brindan más detalles desde el punto de vista de la organización tanto interna como externa del trabajo doméstico, elementos que paulatinamente se fueron articulando para dar un sentido explicativo a la concepción proto-industrial, entendida como un modo producción fundamentalmente rural que se difundió en las campañas europeas (Dobb, 1988:185, 186 y 185; Landes, 1975:168 y 173; Landes, 1961:6; Laslett, 2000:190; Polanyi, 1993:124).

Entre los componentes internos de la proto-industrialización se pueden señalar la cercana relación entre los dueños de los medios de producción y la mano de obra empleada, así como el impulso que recibió el trabajo doméstico gracias al mantenimiento y construcción de máquinas que podían adaptarse para funcionar en los espacios internos de los hogares. Entretanto, entre las vinculaciones generadas desde el exterior, sobresalieron las constantes tensiones con los gremios artesanales, organizaciones urbanas que pretendían mantener un control más estricto sobre el desempeño del oficio en la ciudad (como lo fue la obligación del periodo de aprendizaje y los pagos oficiales establecidos) y la participación en el mercado. Dichos gremios recibieron a su vez la presión de la producción doméstica originada en el campo. Asimismo, una proporción considerable de trabajadores domésticos, al provenir de un medio rural, eran artesanos-campesinos que mantenían aún un control modesto sobre la posesión territorial, lo que daba lugar a una cierta simetría entre el tiempo dedicado a las labores agrícolas y manufactureras, y a su vez impedía la completa sujeción hacia los intereses del comerciante capitalista. Todo lo anterior preparó el camino para difundir el sistema por encargo durante el siglo XVIII, sustentado en una proletarización parcial de los artesanos-campesinos, en una compleja disponibilidad del trabajo disperso en las áreas rurales y en la baratura de la mano de obra.

Asimismo, es importante tomar en cuenta que detrás de la hipótesis que inscribe el trabajo doméstico como una de las últimas secuelas de un sistema feudal moribundo, se esconde una doble dinámica manifestada por la propuesta proto-industrial. Por un lado existían oficios artesanales de carácter urbano vinculados directamente a las regulaciones impuestas por los gremios en la ciudad, y por otro lado, se manifestaba aquel enjambre de trabajadores domésticos de carácter rural o múltiples unidades productivas no sometidas a las restricciones gremiales, donde la única

constante era la diversidad de situaciones tanto económicas como familiares (Dobb, 1988:93 y 112). Ambas modalidades del trabajo artesanal, aunque de manera eventual podían conectarse entre sí a través de la movilidad de la mano de obra o la inherente limitación en el potencial productivo, históricamente no ha sido posible concebirlas bajo una misma lógica. Lo anterior ha sido sistemáticamente corroborado por los estudios con una perspectiva proto-industrial, donde se ha insistido sobre la peculiaridad de este modo de producción, así como sobre la capacidad de adaptación al entorno económico prevaleciente. Esta situación ha desembocado en una multiplicidad de casos, en el reconocimiento de diversas bases económicas de las unidades productivas que están lejos de corroborar la pobreza inherente en la cual hacen énfasis las perspectivas clásicas, así como en la manifestación de límites borrosos o imperfectos entre las tareas manufactureras y otras actividades económicas (Laslett, 2000:4, 15, 31, 191 y 193). Todo lo mencionado hasta ahora, ha dado como resultado el debilitamiento de las interpretaciones tradicionales sobre la Revolución Industrial, que por una parte no fueron capaces de comprobar la extinción de las pequeñas unidades de producción, mientras que por la otra tampoco han explicado con claridad la coexistencia del sistema fabril con la masa de trabajadores a domicilio, sistemas de trabajo señalados por Marx (1993:529) y otros autores (Mokyr, 1974:369) para hacer analogías o comparaciones con la división departamental de las fábricas inglesas.

Al continuar con este mismo orden de ideas, es factible poner en relieve la amplia gama de argumentos que, en su conjunto, fueron minando paulatinamente las bases de la visión tradicional de la Revolución Industrial, sustentada en el dominio absoluto y supremo del *factory system*. Uno de los argumentos más interesantes radicó en subrayar lo siguiente: si bien era cierto que resultaba complicado reconocer a las pequeñas unidades de producción como fuentes principales de acumulación de capital, no menos cierto era que difícilmente se podía negar la contribución de su actividad para concentrar capital en otro tipo de unidades productivas con mayores dimensiones, o inmersas en otros sectores de la actividad económica, como fue el caso del comercio a larga distancia. Con base en este argumento se ha citado su capacidad de adaptación y supervivencia a los distintos procesos de cambio económico, aunque no sin fricciones. A pesar de ello Dobb (1988:112 y 323) pensaba que, a final de cuentas, la industria doméstica desaparecería, juicio que no tomó en sus reales dimensiones el poder de mutación de dichas unidades productivas. Es decir, si perdían terreno en una actividad, rama o sector productivo, dada su flexibilidad económica (bajos costos, ingresos secundarios, autoempleo, elasticidad en el uso o precio de mano de obra y adaptaciones a diversos espacios), el trabajo a domicilio tenían la habilidad de emigrar a otra área del quehacer económico derivada de la inicial, o incluso de ser necesario, transformarse radicalmente. Otro elemento que se pasó por alto era el tiempo transcurrido entre las primeras manifestaciones de crisis y la quiebra, ya que tradicionalmente las pequeñas unidades de producción han presentado un umbral mayor de resistencia ante situaciones inestables. Además, es indispensable agregar que ciertas actividades productivas donde la precisión y la calidad eran fundamentales para competir en el mercado, solamente podían llevarse a cabo en este tipo de empresas bajo su peculiar estructura familiar, como se ha demostrado en los casos exitosos de Francia durante los siglos XVIII y XIX (Landes, 1975:18, 263, 293 y 337; Landes, Thrupp y Kessinger, 1972:287; Mokyr, 1974:382 y 389). La producción masiva y de precisión será un fenómeno que se consolidaría en el siglo XX gracias

a una nueva generación de tecnologías, donde incluso las pequeñas unidades de producción han prolongado su historia de persistencia, a veces con métodos tradicionales vinculados a una creciente modernidad (Carruthers, 2000:356-366).

Pero cabe aclarar que no en todos los contextos estudiados prevalecieron las mismas características a través del tiempo (Belfanti, 1993:254-255; Honenberg, 1996:11), así como tampoco la proto-industrialización fue irremediamente la antítesis de la gran industria concentrada (Leboutte, 1996a:272). Es decir, el espacio y el tiempo jugaron un papel importante. En algunos casos, dadas las características del mercado y las estructuras sociales, los artesanos fortalecieron su posición económica y cohabitaron con modos de producción más refinados. Se han documentado casos donde una parte de las unidades productivas artesanales evolucionaron en cuanto a su organización, a tal grado de alcanzar cierta complejidad tendiente hacia la consolidación del sistema fabril. Asimismo, el papel del trabajo doméstico logró trascender en el conjunto del sistema productivo al ser concebido como un eslabón inherente tanto para la manufactura dispersa como para algunas etapas productivas de las fábricas. Lo anterior no necesariamente implicaba la pérdida de su independencia, debido a que la posesión territorial le permitió jugar este papel versátil en un mundo productivo que cada día era más complicado sin tomar formas definitivas o terminadas. De igual manera, sobresalieron los casos de artesanos que se transformaron en comerciantes al mayoreo, gracias a que lograron controlar ciertos segmentos del mercado local o regional (Dobb, 1988:126, 172, 177 y 184).

Sin embargo, es importante tomar en cuenta que no solamente algunos artesanos se vieron fortalecidos en su posición económica en este contexto de transformaciones, los comerciantes fueron otros actores cuyas estrategias económicas paulatinamente tomaron mayor solidez con base en actividades complementarias, como lo fue el control político a nivel local. Al incrementarse la competencia, las prácticas especulativas en el entorno económico inmediato no brindaban las amplias ganancias de otros tiempos, de tal forma que se utilizó la información asimétrica generada por los mercados distantes, cuya característica básica era su imperfección. Lo anterior dio como resultado que el capital comercial cada vez tuviera mayor ingerencia en la esfera productiva. Un paso decisivo en esta tendencia lo constituyó el *Verlagssystem*, un sistema por encargo que también fue un elemento clave en la columna vertebral de la proto-industrialización, sin que de lo anterior deba interpretarse que no se manifestaron contradicciones (Dobb, 1988:126, 159, 161 y 171).

Los principales actores que entraron en conflicto, obviamente, fueron aquellos grupos que poco a poco se vieron fortalecidos por el contexto de cambio económico y cuyos intereses caminaban en sentido contrario. Me refiero a los artesanos agremiados y no agremiados, a los trabajadores domésticos y a los comerciantes. El sistema por encargo, fundamentalmente de carácter rural, brindó ciertas ventajas al comerciante dado que se erigía como una especie de patrón al adelantar materias primas, en ocasiones herramientas o implementos de trabajo, y recibir el producto terminado. Si los trabajadores domésticos o los artesanos en general no contaban con otra base económica (posesión territorial por ejemplo) iban perdiendo independencia al subordinarse a los intereses del comerciante, quien vendía las mercancías en otras plazas y generaba una presión extra a los artesanos agremiados de las ciudades (Landes, 1975:65; Dobb, 1988:147 y 160).

Una de las grandes contribuciones del modelo proto-industrial radicó en ayudar a entender el tipo de vinculación establecida entre las economías agrarias y el advenimiento del capitalismo industrial<sup>1</sup>. A pesar de ello, autores como Pierre Jeannin (1980:52) consideraron que la propuesta era ambiciosa, pero simultáneamente reconocieron que abrió la puerta a investigaciones metódicas en un terreno generalmente confuso para la historia económica. La articulación entre los entornos agrarios y la evolución del capitalismo industrial, en términos generales, tuvo implicaciones múltiples para los artesanos-campesinos, entre las que destacan las siguientes: llevaron a cabo una nueva estrategia económica para este tipo de hogares, pusieron en práctica una diversificación o complementariedad en su base productiva, y asumieron una tendencia hacia la subordinación de nuevos intereses personificados en el mercader-fabricante.

En una sociedad eminentemente rural, el dominio territorial fue clave para la supervivencia familiar a través del tiempo. Con la intensificación de la producción manufacturera, tanto en el campo como en la ciudad, surgió la oportunidad de practicar nuevas estrategias económicas basadas en el trabajo temporal y complementario a las faenas agrícolas, la vida en las áreas rurales dejó de ser abrumadoramente agro-pastoril al darse un impulso sin precedentes a un cúmulo de actividades artesanales y manufactureras (Dobb, 1988:31; Landes, Thrupp y Kessinger, 1972:294). Esta transformación no solamente se reveló en el aspecto meramente laboral, sino que trajo en su seno un cambio técnico manifestado en el uso y apropiación de energías inéditas. Asimismo, otras de las modificaciones se presentaron en el cambio de los derechos de propiedad, dando paso del dominio territorial de carácter feudal o comunitario al surgimiento de la propiedad privada. Ésta estaba impulsada esencialmente por las transformaciones de una agricultura de subsistencia a una comercial, con la finalidad de atender la creciente demanda de alimentos tanto en el campo como en la ciudad. Asimismo muchos de estos nuevos artesanos eran aquellos antiguos campesinos sin tierra que seguían una trayectoria hacia la proletarización (Laslett, 2000:59; Marx, 1993:565). Por tanto, el avance de la urbanización y de la industrialización demandaron un nuevo papel a los asentamientos rurales, quienes asumieron el reto de la diversificación productiva y la subordinación hacia nuevos intereses (Tilly y Tilly, 1971:191).

Gran parte de la diversificación productiva encontró su origen en el aumento de la productividad agrícola, fenómeno que permitió la liberalización paulatina de recursos económicos. Lo anterior fue una de las primeras divisiones espaciales del trabajo, donde el tiempo y los ritmos de la producción influyeron determinantemente en las estrategias productivas (Marx, 1993:396). Un ejemplo de ello lo encontramos durante la temporada muerta, cuando los distintos miembros de la familia fueron vistos como potenciales trabajadores en tareas complementarias en el hogar. Igualmente, el vacío institucional prevaleciente en el campo permitió impulsar actividades manufactureras dentro de los hogares sin las estrictas regulaciones que se imponían en la ciudad. A ello es preciso agregar las dimensiones de las unidades productivas, la oferta de energía en el campo y la naturaleza de

---

<sup>1</sup> En el trabajo de Gwynne Lewis (1994:161) se muestra cierto escepticismo sobre este poder explicativo de la proto-industrialización. En cambio Charles Sabel y Jonathan Zeitlin (1985:133-134 y 136) son más optimistas al respecto, aunque insisten sobre la existencia de un mundo de posibilidades de industrialización y del cambio técnico permanente. Quien sí acepta la continuidad entre proto-industria e industrialización, especialmente para la región de Verviers en Bélgica, es Leboutte (1996a: 266).

los productos (Landes, 1975:66; Landes, Thrupp y Kessinger, 1972:293). Se trata de un conjunto de circunstancias que no pasaron por alto los fabricantes-mercaderes para intentar subordinar a favor de sus intereses la abundante mano de obra que radicaba en el campo.

La sujeción de una parte de la fuerza de trabajo rural llevó consigo la implementación de un nuevo modo de producción que la perspectiva proto-industrial ha estudiado con cierto lujo de detalle. El primer paso se dio cuando los antiguos campesinos quedaron desarraigados de la posesión territorial, y vieron en la venta de su fuerza de trabajo (agrícola o artesanal) una forma de subsistencia alternativa. A ellos se sumaron los artesanos con o sin herramientas que perdieron parte de su independencia al ser habilitados por un fabricante-mercader (Dobb, 1988:34 y 276). Esta situación se iría normalizando conforme avanzó la consolidación del proceso de industrialización en el siglo XVIII en Europa bajo su modalidad proto-industrial. Una vez que el fenómeno se consolidó y que la ciudad brindó más ventajas que permanecer en las áreas rurales, el despoblamiento del campo fue evidente, ya que muchos de estos antiguos campesinos-artesanos se mudaron hacia la ciudad en busca de nuevas fuentes de empleo bajo la misma tónica: pérdida de su independencia económica y sometimiento a los nuevos intereses vinculados con unidades de producción específicas (Polanyi, 1993:392; Tilly y Tilly, 1971:190).

## 7. Consideraciones finales

A través de la exposición se ha demostrado la existencia de diversos enfoques que han sido útiles para estudiar el proceso de industrialización, o incluso, el fenómeno mismo de la Revolución Industrial. Considero que esta multiplicidad de perspectivas no es más que el reflejo de la complejidad inherente al tema de estudio. No obstante a ello, en la mayoría de las propuestas analíticas mencionadas una constante ha sido la heterogeneidad de conexiones entre las actividades económicas más representativas del lugar y periodo al que se hace referencia. Derivado de lo anterior surgió un desafío para las interpretaciones que propagan una visión tradicional y limitada de la Revolución Industrial, es decir, para aquéllas que lo piensan como un evento vinculado con una serie de cambios constantes en los ámbitos económicos y técnicos. En contraparte, se ha sugerido analizar este fenómeno bajo el espectro de una serie de rupturas y ritmos disímiles en función del tiempo y el espacio no solamente en lo económico y en lo técnico, sino también en lo social, agregando la presencia de estructuras organizacionales híbridas o la pluralidad de modos de producción con distintas lógicas cohabitando en un mismo contexto.

Además de lo anterior, también hemos puesto en relieve aquellos intentos que pretenden lograr una explicación articulada de los factores de cambio, tal y como lo hemos visto con la visión proto-industrial. De igual forma, es importante no perder de vista las dimensiones alcanzadas por la Revolución Industrial en el contexto internacional y su influencia para una serie de países o territorios que intentaban industrializarse tanto en el siglo XVIII como en el XIX<sup>2</sup>. En el mismo orden de ideas que se han enfatizado que el impacto de la Revolución Industrial estuvo lejos de ser

---

<sup>2</sup> Los casos latinoamericanos resultan un buen ejemplo al respecto.

netamente económico, sus repercusiones lograron influir en aspectos extraeconómicos de la vida cotidiana, situación que hace aún más complejo su estudio. Por lo que concierne a los países que se vieron directamente trastocados por el desenvolvimiento de este fenómeno, no debe perderse de vista que también su propio ambiente endógeno jugó un papel determinante para impedir o, en su caso, avanzar en el proceso de industrialización. Al combinarse ambos frentes los resultados fueron dramáticos en el corto y largo plazos.

Finalmente, con base en los antecedentes de la propuesta proto-industrial, y en el debate internacional desatado tras la aparición de éste enfoque, se detectó que los primeros brotes del proceso de industrialización se manifestaron antes de la aparición del denominado *factory system*. De tal forma, esta serie de argumentos se vincularon directamente con los factores explicativos que hemos enunciado, a los cuales he denominado la columna vertebral de la proto-industrialización. Su desafío básico consistió en debilitar, conforme avanzó la investigación histórica, la hipótesis que concebía a la industria doméstica como el fin de un modo de producción ante el advenimiento del capitalismo industrial, puesto que dichas unidades de producción han demostrado tener una dinámica propia digna de ser tomada en cuenta en el largo plazo. Por tanto, una de las aportaciones claves del modelo proto-industrial consistió en ayudar a entender con mayor precisión la relación entre las economías rurales y el surgimiento del capitalismo industrial, centrando su atención el trabajo doméstico.

## Bibliografía

- Ashton T. S., *La revolución Industrial, 1760-1830*, (Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios, México, 1983).
- Bairoch, Paul, "Développement", en *Encyclopedie Economique*, Greffe X., Mairesse J., y J.L. Reiffers, eds., (Economica, Paris, 1990): 133-175.
- Reiffers, *Révolution industrielle et sous développement*, (Haye-Mouton, Paris, 1963). Belfanti, Carlo Marco, «Rural manufactures and rural proto-industries in 'Italy of the Cities' from the sixteenth through the 18th century», *Continuity and Change*, 8: 2, (1993): 253-280.
- Braudel, Fernand, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme: 1. Structures du quotidien, 2. Les jeux de l'échange, 3. Le temps du monde*, Tomos III, (Armand Colin, Paris, 1979).
- Cailly Claude, "Contribution à la définition d'un mode de production proto-industriel", *Histoire et Mesure*, 8: 1/2, (1993): 19-40.
- Carruthers, David V., "The politics and ecology of indigenous folk art in Mexico", *Human Organization*, 60:4, (2000): 356-366. Crouzet, François, "Angleterre et France au XVIII<sup>e</sup> siècle: analyse comparée de deux croissances économiques", *Annales Economie-Société-Civilisations*, 19:2, (1966):254-291.
- Desama, Claude, "Démographie et industrialisation: Le modèle verviétois (1800-1580)", *Revue du Nord*, 53, No. 248, (1981): 147-155.
- Deyon, Pierre, "L'enjeu des discussions autour du concept de 'proto-industrialisation'", *Revue du Nord*, 51: N° 240, (1979): 9-17.
- Dobb, Maurice, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, (Siglo XXI, México, 1988). Furtado, Celso, "El desarrollo desde el punto de vista interdisciplinario", *El Trimestre Económico*, 46: Núm. 181, (1979): 5-33.
- Garavaglia, Juan Carlos, "Introducción", en *Modos de producción en América Latina*, Cardoso C., Assadurian, et al., (Pasado y Presente, Argentina) (1973):6-14.

- Gunder, Frank, A., *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, (Siglo XXI, México, 1970)
- Hobsbawm, Eric J., *Histoire économique et sociale de la Grande-Bretagne: De la révolution industrielle à nos jours*, Tomo 2, (Seuil, Paris, 1977).
- Hobsbawm, Eric J., *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*, (Siglo XXI, México, 1971).
- Honenberg, Paul M., «Urbanization and proto-industrialization reflections on an intellectual journey», en *Proto-industrialization. Recherches récentes et nouvelles perspectives*, Leboutte René, Éd., (Droz, Université de Genève-Centre d'Histoire Économique Internationale, 1996): 9-28.
- Jeannin, Pierre, “La protoindustrialisation développement ou impasse?”, *Annales, Économies-Sociétés-Civilisations*, 35: 1, (1980):52-65.
- Kriedte, Peter, Medick Hans, y Schlumbohm Jürgen., *Industrialización antes de la industrialización*, (Crítica, Barcelona, 1986).
- Landes D., Thrupp S. L., y Kessinger T. M., “Comments on papers by Hohenberg, Mendels and Mazzaoui”, *Journal of Economic History*, 32:1, (1972): 287-297.
- Landes, David, “Encore le problème de la Révolution Industrielle en Angleterre”, *Bulletin de la société d'Histoire moderne*, 12eme série, n°18, (1961):5-7.
- Landes, David, (Gallimard, Paris, 1975). Lane, Frederic, “Introductory Note”, *The Journal of Economic History*, 29:1, (1969):1-4.
- Landes, David, “Meanings of Capitalism”, *The Journal of Economic History*, 29:1, (1969a): 5-12. Laslett, Peter, *The world we have lost. Further explored*, (Routledge, London, 2000).
- Leboutte, René, «Adaptation, reconversion, mutations. Le rôle de la proto-industrialisation dans la genèse du bassin industriel liégeois», en *Proto-industrialization. Recherches récentes et nouvelles perspectives*, leboutte René, Éd., (Droz, Université de Genève-Centre d'Histoire Économique Internationale, 1996a: 263-290.
- Lewis, Gwynee, “Proto-industrialization in France”, *Economic History Review*, 47:1, (1994): 150-164.
- Mager, Wolfgang, “Proto-industrialization and proto-industry: the uses and drawbacks of two concepts”, *Continuity and Change*, 8:2, (1993): 181-215.
- Mantoux, Paul, *La Révolution Industrielle au XVIIIe siècle*, (Société Nouvelle de librairie et de l'édition, Paris, 1905).
- Martins, Luciano, *Amérique Latine: Crise et dépendance*, (Anthropos, Paris, 1972). Marx, Karl, *Le Capital*, Livre I, (Quadrige-PUF, Paris, 1993).
- Mendels, Franklin, “Proto-industrialization: The first phase of industrialization process”, *The Journal of Economic History*, 32: 1 (1972): 241-261.
- Mokyr, Joel, “The industrial revolution in the Low Countries in the first half of the nineteenth century: A comparative case study”, *Journal of Economic History*, 34: 2, (1974): 365-391.
- O'Brien, P.K., “Do we have typology for the study of European industrialization in the nineteenth Century?”, *The Journal of European Economic History*, 15:2, (1986):291-333.
- Polanyi, Karl, *La grande transformation: Origines politiques et économiques de notre temps*, (Gallimard, Paris, 1993).
- Rostow, W.W., *Les Étapes de la croissance économique, un manifeste non communiste*, (Seuil, Paris, 1962).
- Sabel, Charles y Zeitlin Jonathan, “Historical alternatives to mass production: Politics, markets and technology in nineteenth-century industrialization”, *Past and Present*, No. 108, August, (1985):133-176.
- Sunkel, Osvaldo y PAZ Pedro, 1971, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, (Siglo XXI, México).
- Sweezy P., Hilton M., Takahashi K., et al., *La Transición del Feudalismo al Capitalismo*, (THF, Medellín, Colombia, 1954).
- Tilly Richard y Tilly Charles, “Agenda for European economic history in the 1970's”, *Journal of Economic History*, 31:1, (1971): 184-198.